

I

PRELIMINARES

De los 50 millones de hectáreas que integran el suelo español, se cultivan—en la acepción corriente de la palabra—unos 22. La superficie de la zona regada hoy, unida a la que puede ponerse en riego, en un plazo relativamente próximo, no llega a la séptima parte de esta cantidad. Esto no es más que traducir a cifras un concepto que está en la mente de todos: el problema fundamental de nuestra Agricultura es el problema del secano. Sin que esto quiera significar, en modo alguno, el menor desprecio hacia el regadío, por cuya propagación todos debemos luchar tenazmente, sin descanso.

Fácilmente se comprende que cualquier mejora (con reflejo en el resultado económico), por pequeña que sea, de los usos tradicionales de la Agricultura de secano, puede tener, si se generaliza, una trascendencia enorme. De ahí que, tanto en España como en el extranjero, se hayan estudiado por ilustres hombres de ciencia todas estas cuestiones con ahincado entusiasmo: fruto de tan-

tas y tantas observaciones han sido los llamados genéricamente “Nuevos métodos de cultivo en seco”. ¿Nuevos? Fijémonos en esta palabra. Al que oyéndola piense que se trata de insignes lucubraciones, tranquilicémosle recordando las palabras del Eclesiastés: “Nada nuevo hay bajo el Sol”. Digamos pues que, parcialmente, fragmentariamente, el fundamento de esos sistemas puede adivinarse en Columela, nuestro ilustre compatriota de hace dos mil años; desde tiempo inmemorial, los chinos, maquinalmente, ejecutan algunas de estas prácticas; antecedentes y presentimientos hay en el siglo XVIII, en Valcárcel y Cordero y, en general, en algunos procedimientos de cultivo tradicionales en el Panadés, Valencia, Castilla y el Maestrazgo... ¿Qué queda entonces de la novedad?... Nada menos que el engarce de unas cosas con otras, la revisión de las diferentes teorías, la adaptación de la maquinaria, el estudio de la alternativa y el abonado y, en suma, tantos detalles, previstos y combinados armónicamente, que el labrador, decidido a seguir el nuevo sistema, se encontrará con un acabado cuerpo de doctrina, abarcando el estudio íntegro del problema.

Podíamos decir—usando una metáfora ramploña—que los diferentes autores no han inventado el ladrillo, la piedra, el hierro, etc., pero han sabido construir la casa.

* * *

Uno de estos “nuevos métodos” de cultivo es el sistema de siembra en líneas pareadas, debido

al ilustre Ingeniero D. Carmelo Benaiges Arís, actualmente Inspector General del Cuerpo Agronómico, quien en todos los cargos oficiales que ha desempeñado, supo ganar para nuestra colectividad honor y prestigio, dejando una estela de trabajos que constituye su mejor recuerdo.

El sistema, al cual vamos a dedicar este modesto epítome, no constituye una improvisación. Es genuinamente español, recoge y perfecciona prácticas milenarias de nuestros campos y ha nacido y arraigado en el propio medio nacional con la colaboración de los labradores. Cupo a la Granja de Valladolid, la verdadera Meca de las líneas pareadas, el honor de cobijar los primeros ensayos fundamentales, hace más de veinticinco años, a partir de 1915 y desde entonces se cultiva allí, casi exclusivamente, por este procedimiento, que se extendió primero a las fincas principales de Valladolid, para ser divulgado y propagado después, por la práctica, en otras provincias españolas. En los campos de estudio y prácticas de la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos, de la que Benaiges ha sido Profesor y Director, se han realizado también durante unos quince años (1921 a 1936) interesantísimas experiencias, con los más satisfactorios resultados.

En general, el sistema ha encontrado para su difusión menos dificultades de las que suelen acompañar a esta clase de innovaciones. Porque la Agricultura, en opinión muy generalizada, disfruta del raro privilegio de no poder progresar, y multitud de personas, que alientan, admiran y aun agrade-



Magnífico aspecto de un trigo candela que, cultivado en la Granja de Valladolid por el sistema de líneas pareadas, rindió 3.500 kilogramos por hectárea.

cen las nuevas invenciones en cualquiera de las demás ramas de la actividad, se escandalizan cuando alguien trata de sacar a la Agricultura de los cauces milenarios. A lo sumo, transigen con que se intensifique más aún lo que ya es intensivo, pero no les parece fácil ni tolerable que, lo que es extensivo por naturaleza, pueda llegar a ser algo menos extensivo. Por todos lados, al agricultor de secano se le conmina a vivir en perpetua tragedia, y el secano es algo así como la Agricultura de la Agricultura.

Por fortuna hay, no obstante, una minoría selecta de agricultores progresivos que no comparte estas ideas y que desea el progreso—todo lo lento y cauteloso que se quiera—de las cosas del campo. A estos espíritus comprensivos habló Benaiges, que no ha cesado en su apostolado desde entonces, y sus palabras no cayeron en el vacío, porque bien pronto se vió que su sistema tenía tres grandes motivos para gozar de la simpatía de los agricultores.

El primero, su avaricia de pequeñas ventajas; es decir, el deseo de ir recogiendo ventajas parciales, para hacerlas compatibles entre sí y articularlas en un plan general, a manera de integración de todas ellas.

En segundo término, pronto se vió que hermanaba, discretísimamente, la tradición con las innovaciones, remozando las antiguas prácticas, como el arico, y caracterizando de viejos surcos las líneas de la máquina sembradora en llano.

En tercer lugar, no era una norma rígida, que

había de cumplirse a rajatabla, sino simplemente una serie armónica de orientaciones, en cada una de las cuales se le decía al labrador: "Ensayá sobre esta base". Continuamente, Benaiges aconseja: Perfeccionad progresivamente la aplicación local del sistema, deduciendo vosotros mismos la alternativa, los abonos, la separación de las líneas, la cantidad de simiente, la ventaja de binar más o menos, etc., para llegar, no sólo a un buen resultado, sino al mejor, en cada caso particular. Y, para el que no quiera o no pueda experimentar, he aquí una norma general muy discreta.

Hasta tal punto es cierto este matiz discrecional, que el autor ha condensado su pensamiento en tres círculos concéntricos. El de mayor radio es el *sistema de las líneas pareadas*, que abarca toda la integridad del problema, arrancando de la alternativa, abonado, etc. El de radio intermedio simplemente, se circunscribe a cultivar una planta por el *método de líneas pareadas*; es decir, sembrando y binando como dice el sistema. Es el caso de un agricultor que no quiere sembrar leguminosas, ni alterar para nada su costumbre de fertilizar, y se limita a cultivar su trigo, por ejemplo, en líneas pareadas. Pero hay un círculo tercero; ya no se trata más que de sembrar en líneas pareadas, siguiendo, antes y después de la operación, las normas habituales, aricando incluso con el arado común.

Aunque después, en el curso de las explicaciones, pudiéramos emplear una palabra como sínó-

nima de la otra, queden aquí bien definidos los tres grados:

1.^o Se puede simplemente hacer *la siembra en líneas pareadas*.

2.^o Se puede sembrar y binar una hoja tal y como después diremos, lo cual será *aplicar el método solamente*.

3.^o Se puede no sólo sembrar y binar, sino



Avena “Gloria de Ostende”, cultivada en líneas pareadas.

abonar, establecer y seguir la alternativa, preparar el terreno, etc., tal como prescribe *el sistema* que, englobando todas las prácticas, *constituye la resolución integral del problema*.

Explicado el sistema—como lo haremos en sucesivos capítulos—, explicado queda lo demás.

Ocioso parece advertir que es preferible el sis-

tema que el método, y éste que la siembra, pero en libertad queda cada agricultor para seguir las prácticas que más se acomoden a su situación, y aun es prudente—en no pocos casos—ir poquito a poco ganando escalones.

Benaiges demandaba siempre en sus escritos la colaboración de los agricultores, para ayudarles con mayor eficacia, y éstos correspondían, en gran número, a sus desvelos transmitiéndole desde diversas provincias—y aun desde fuera del país—sus resultados y también dudas y dificultades. Entonces él les contestaba públicamente para aclarar puntos oscuros o precisar más los conceptos mal comprendidos, planteándose en sus propios campos de estudio los reparos dignos de resolverse y demostrarse en plena realidad. Valíase, para esta comunicación con los labradores, de la prensa diaria y de la profesional, apareciendo los resúmenes anuales en los Almanagues Agrícolas de *El Norte de Castilla*, de Valladolid, y en los de *El Cultivador Moderno*, de Barcelona (1), y algunos en las *HOJAS DIVULGADORAS* del Ministerio de Agricultura; publicaciones todas que, por su escaso o nulo precio, estimaba más adecuadas para su mayor di-

(1) La colección más completa de estos trabajos se encuentra en los Almanagues Guías de *El Cultivador Moderno*, de Barcelona, correspondientes a los años 1925, 26, 27, 28, 29, 30 y 32. También en diversas *Hojas Divulgadoras* del Ministerio, a partir de 1915. Los seis folletos, editados por el autor y repartidos gratuitamente entre sus colaboradores, están agotados.

fusión. Ibase así formando lo que podríamos llamar la jurisprudencia; pero faltaba el Código, el cuerpo de doctrina, la concreción de tantos y tan meritisimos escritos.

Hemos tenido ocasión de observar la contrariedad que esto producía en los agricultores que, no habiendo seguido desde el principio el proceso de tal labor, trataban de estudiar el asunto, y a los cuales dábamos una relación de los diversos trabajos sueltos del autor.

¿ Por qué no escribe D. Carmelo un libro?—preguntaban—. Y la pregunta quedaba sin respuesta satisfactoria para los impacientes, porque el autor proseguía incansable sus trabajos, no encontraba momento de dar por definitivamente resuelto el magno problema, en los múltiples aspectos prácticos y técnicos que se había planteado. Era, sin embargo, ya inminente la publicación, cuando la ola devastadora de la revolución marxista destruyó los frutos de la investigación paciente de muchos años... Y, en tanto trata de rehacerla, nosotros nos proponemos divulgar el sistema de Benaiges, en sus normas generales, sin que, de modo alguno, intentemos llenar el vacío de su esperada obra.

Porque, habiendo tenido destino en la Granja de Valladolid, donde se recuerda a Benaiges en todo lugar y en cada minuto, para ser continuadores de su labor en aquel Establecimiento, hubimos de leer y releer sus trabajos al objeto de tomar unas notas, extractando los párrafos más salientes, con destino a la Cátedra Ambulante; después,

dichas notas sirvieron para dar unas conferencias en "Unión Radio" y hoy, ampliada y revisada de nuevo la labor, hemos decidido ofrecerlas a la Sección de Publicaciones, Prensa y Propaganda, del Ministerio de Agricultura, por si encontrase interesante su publicación.

Pretendemos con esto servir los intereses de la Agricultura nacional, que puede beneficiarse positivamente con estas prácticas, rindiendo, al propio tiempo, un modesto homenaje a nuestro querido maestro, cooperando a la divulgación de sus doctrinas, que tanto bien pueden reportar al país en estos momentos, principalmente entre aquellos labradores que aun ignoran el sistema, para interesarles en él y con el fin de que, más adelante, conociendo éste resumen, puedan ampliar los conocimientos en las auténticas fuentes.

* * *

Para tranquilidad de los lectores, anuncio que no he de poner nada de mi cosecha, limitándome a extraer, a seleccionar los principales conceptos, en una especie de destilación literaria, de los abundantes escritos del autor. Cuanto de bueno pueda haber en este folleto, serán las ideas de Benaiges, que hemos procurado no desvirtuar. Cuanto de malo encontréis, achacádmelo a mí solo.